

---

## **HOMENAJE AL DOCTOR FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA\***

*Manuel Márquez Fuentes*

Qué bueno que nuestra Facultad de Ciencias Políticas y Sociales rinda homenaje a sus maestros distinguidos. Excelente que las autoridades, los colegas académicos, los alumnos y trabajadores de una comunidad cultiven, practiquen y muestren su gratitud y reconocimiento a quienes dedicaron toda o parte de su vida –tal vez la más importante– a investigar y a formar generaciones de jóvenes profesionales y hombres de ideas. Actos como éste son educativos, formativos.

En esta ocasión, junto con algunos de los colegas, alumnos y amigos del doctor López Cámara, hay oportunidad de compartir reunidos la memoria de un querido maestro universitario. Mencionar y reflexionar sobre algún pasaje, una circunstancia, un recuerdo, sus obras, que en su conjunto, tan objetivo como el maestro lo hubiera deseado, perfilen su trayectoria académica e intelectual, así como algunos de sus rasgos de personalidad y de trato que algunos tal vez criticaron, que muchos disfrutamos, pero que todos dejaron una huella, una enseñanza, una singular percepción en quienes tuvimos oportunidad de vínculo, de relación de trabajo y/o cultivamos lazos de amistad con el maestro López Cámara.

Debo expresar que acepté la invitación aunque tengo una especial reticencia por los homenajes póstumos, cuestión que por cierto también compartía el doctor López Cámara. El origen de esta reticencia alguna vez lo comentamos y lo discutimos, pero –disculpen la digresión– los velorios y homenajes póstumos en ocasiones se prestan para protagonismos de vivos que invocan la memoria de un personaje desaparecido.

\* Universitario y profesor distinguido de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Otoño de 1994.

Distante de ese paradigma, permítaseme hacer algunas reflexiones en voz alta.

Conocí al doctor López Cámara en los años 1961-62, como uno de sus alumnos en el Grupo de Estudios Dirigidos, "Grupo Piloto" de la entonces Escuela, en el curso de Historia de las Ideas Sociológicas. En este grupo recibí la formación académica e intelectual más importante de mi vida. El maestro López Cámara formó parte de un conjunto de universitarios distinguidos que compartieron un proyecto académico pedagógico de excelencia: Pablo González Casanova, entonces director de la Escuela; Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Horacio Labastida, Henrique González Casanova, Ernesto de la Torre Villar, Luis González y González, Ricardo Pozas Arcineaga... en fin, maestros universitarios, jóvenes entonces unos, más maduros otros, pero que juntos dieron y algunos siguen dando de sí para formar varias generaciones de especialistas egresados de nuestra entonces Escuela y ahora Facultad.

Muchos de ellos con orígenes formativos diversos –derecho, historia, antropología, sociología, filosofía–, algunos de ellos alumnos de maestros que con afecto recordaban en sus cursos como José Gaos o Manuel Pedroso; otros, como el doctor López Cámara, con estudios en Europa, una vez realizados sus cursos universitarios en Filosofía y Derecho (UNAM/1946-50). Su formación en Economía y Sociología, en la Universidad de París (1953-56); en Historia Económica y Social (1957); con investigaciones y estudios en Holanda, Estambul, El Cairo, Beirut y Jerusalem (1954), dieron al maestro López Cámara sustento y pasión intelectual que pudo compartir con sus alumnos en las facultades de Filosofía y Letras, Derecho, Economía y muy primordialmente en ésta, su Casa, su Escuela, su Facultad, todo dentro de la UNAM.

En 1987, a su regreso como embajador de México primero en Suiza y después en Yugoslavia, debió separarse físicamente de la Facultad por motivos de salud, pues un agudo padecimiento pulmonar junto a la irrespirable atmósfera de esta ciudad, le hubieran agravado su sufrimiento y acelerado seguramente su deceso. Desde entonces debió vivir en Cuernavaca, Morelos.

Recia personalidad la del maestro López Cámara; profesor exigente en lo académico y escolar; rigor que en ocasiones matizaba con su característica ironía y el sarcasmo filoso y divertido; para algunos alumnos, caprichoso, al no permitir la interrupción de su cátedra por "llegar unos minutos tarde"; o no aceptar la posposición de la entrega de un trabajo escolar; neurótico al extremo de no reanudar su curso hasta no verificar que la puerta del salón estuviese perfectamente cerrada o de

solicitar un aula distante y así evitar la observación de su cátedra tras las vidrieras o el jolgorio en los pasillos de los alumnos en espera del profesor vecino.

Su dialéctica didáctica y de carácter generaba en sus alumnos un síndrome de aceptación y de repulsión que, finalmente, resultaban motivantes del estudio, la discusión, las actitudes críticas, indagatorias, es decir, formativas. Aunque ligado al pensamiento marxista, siempre mantuvo un espíritu crítico, distante de los esquematismos y simplificaciones. El maestro López Cámara fue un intransigente combatiente de las ortodoxias y del dogmatismo intelectual, moneda de curso de muchos alumnos y no pocos de sus colegas temerosos de ser "calificados de reaccionarios". El doctor los llamaba irónicamente "marxistas trasnochados". Pero igualmente crítico fue de las corrientes funcionalistas y estructural-funcionalistas, del cuantitativismo hueco, descriptivo, de las cifras acomodaticias y estadísticas encubridoras de la injusticia, la inequidad, la explotación, el fraude y la inmovilidad.

Primero como alumno y después como amigo, pude corroborar que el maestro López Cámara enseñaba a pensar, a analizar, a elegir libremente y forjar convicciones propias; criticaba e incluso contravenía a la autoridad desnuda de capacidad y de sustento moral; detectaba con facilidad y detestaba el fingimiento, la hipocresía, la simulación, la mojigatería; las voces y risas impostadas y falsas; le enervaba y combatía particularmente la corrupción, el comportamiento lacayuno y servil, así como la mediación burocrática prepotente.

Como profesor primero y después como amigo, el doctor López Cámara persistió en enseñar un trato respetuoso y una gran dignidad, congruente consigo mismo y no siempre complaciente con los demás, pero dispuesto a dirimir las diferencias de opinión y de razón con base en el debate y el diálogo. Pude observar que nunca utilizó el tuteo como manifestación paternalista o de subordinación para con sus alumnos, los jóvenes o personas con manifiesta menor cultura o nivel social; tampoco permitió que cualquiera lo tuteara como coartada para simular amistad y menos para conseguir un favor o apoyo.

En su trabajo y su obra el doctor López Cámara no fue menos escrupuloso. Ocupó varios cargos en la UNAM: desde subdirector de Servicios Escolares y también Sociales (1953) hasta miembro de la Junta de Gobierno (1969-1978), periodo este último en el que la Universidad debió sortear momentos severos, como la crisis posterior a 1968, el surgimiento del sindicalismo universitario, la renuncia del rector Pablo González Casanova, la visita a la UNAM del entonces presidente de la República, Luis Echeverría, y la agresión sufrida por éste.

Entre 1969 y 1978, contribuyó a vertebrar la entonces aún naciente División de Estudios Superiores, de la FCPyS.

A su regreso a México en 1987, el doctor López Cámara reemprendió su labor de producción intelectual, a pesar de su menguada salud que, como dije, lo obligó a residir en la ciudad de Cuernavaca e incorporarse como investigador en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM (CRIM) en Morelos.

Así, en 1988, en coedición UNAM/Miguel Angel Porrúa, publicó *La clase media en la era del populismo*, tema cuya reflexión iniciara desde 1973 con *El desafío de la clase media* (cuadernos de J. Mortiz, 1971), que hasta la fecha lleva al menos tres ediciones.

A partir de su incorporación al CRIM publicó *La cultura del 68; Reich y Marcuse* (1989); *Sociedad, desarrollo y sistema político en México*, (1989); *Apogeo y extinción de la clase media*, (1990); *Dos capítulos de la diplomacia mexicana*, (1993).

En 1993 reanudaría en México su añorada vocación periodística. Fue fundador y coeditor de la revista *El espectador*, 1959-60; de *Siempre y Política*, así como de los diarios *El Día* y *La Jornada*. En junio de 1993, en las páginas de *Humanidades*, periódico para universitarios, abordaría un tema crucial para él:

... una terrible cuestión que me ha llenado de tristeza y desolación. La destrucción de Yugoslavia, la antigua Yugoslavia, tal vez la única por su historia tormentosa pero brillante, que fuera siempre, desde el principio, uno de los amigos más sinceros y afectuosos que ha tenido México.

En noviembre de 1993, inició sus colaboraciones en el diario *Reforma*, donde con la más absoluta libertad –según me confió–, ¡esa libertad que ahora a un año el diario tiene que disputar en la calle!, el doctor López Cámara abordó el comentario y análisis político y crítico de la realidad nacional. 10 meses –noviembre a agosto–, ¡qué meses!, hechos que si los de Yugoslavia “lo llenaron de tristeza y desolación”, verlos, analizarlos y visualizarlos hacia el futuro de su patria lo conmocionaron y afectaron profundamente: levantamiento y guerra en Chiapas; asesinato del candidato Luis Donald Colosio; galimatías de Camacho; “las bolas” del presidente; el debate sin debate; la “nueva” convención de “Aguascalientes”; las elecciones; los fraudes financieros, bancarios; las inequidades, corruptelas e impunidades electorales. Tal vez, junto a su endeble salud, estos graves hechos estropearon sus afanes, su esperanza y radicalizaron su lucha por un México más justo, libre, democrático y digno.

Para concluir quiero enfatizar “una asignatura pendiente” –como ahora se acostumbra decir. Me refiero a la imprescindible publicación de sus dos últimos trabajos: *La descomposición del sistema político mexicano: 1987, los prolegómenos del colapso* y *Los viajes de Guillermo Prieto*. El primero de estos dos trabajos, entregado a fines de 1993 a las autoridades de su centro de adscripción; el segundo, cuyo original corregido recogió su colega Alcira Soler aquí presente, precisamente el día que hospitalizamos al doctor López Cámara. Entiendo que esta obra póstuma ya ha sido también entregada para editarse.

El mejor homenaje que podemos rendir al doctor Francisco López Cámara y al amigo Paco es que su trabajo, su pensamiento, su obra se publique y se difunda.